

colección rúbrica



ÁUREA L. LAMELA



UNA VENGANZA IMPROVISADA

esstudio
ediciones

CAPÍTULO I

A menudo pensaba en su vida, en los reveses. Había sido una afortunada, había crecido en una familia que daba todo por ella: piano, pintura, inglés, francés, italiano... en una época en la que los niños no tenían lo que ahora le llaman «actividades extraescolares». Sus padres querían para ella lo mejor. O eso era lo que ella creía; pero si lo pensaba con detenimiento, nunca estaban con ella, era como si les sobrara. Sabía que había llegado tarde, tal vez no querían más hijos. Se pasaba el día con la trabajadora que tenían en casa que la cuidaba. Por la tarde iba a todas esas clases: tres días a la semana inglés, dos francés, uno italiano, tres piano y dos pintura. Lugo, a principios de los 80, no se consideraba peligroso; aunque hubo algún caso de niñas a las que habían matado. Pero, aunque Sonsoles no tenía miedo, sus padres se empeñaban en que no podía ir, en esos otoños e inviernos escolares de niebla, lluvia y oscuridad, sola a todas esas clases; siempre estaba su hermana mayor, más reflexiva y observadora que ella. Y cuando no estaba, estaba su canguro permanente, su madre contratada, que iba a llevarla y a buscarla como si fuese más de su familia que sus padres.

Y en la adolescencia dio comienzo lo que sería ese primer revés que trastocaría para siempre su vida. Conoció a Borja durante un verano en Foz.

De forma inesperada, se detuvo y no pudo seguir pensando en esa ilusión juvenil; le dolía demasiado. Y su cabeza dio de nuevo un salto al presente, y se sentía agradecida con la vida, con ella misma, su lucha y todo ese trabajo que había realizado a lo largo de esos años, con esa

nueva familia que le salió a su encuentro; gracias a su hermana Cecilia, que la acogió con ellos; con Vicente, que la curó... También le estaba agradecida a Araceli, que le había dado trabajo, otra oportunidad a sus 42 años, a pesar de que sabía que sus padres y su familia la consideraban una descarriada. Le había ayudado a seguir el buen camino y había empezado de nuevo.

Y así reflexionaba Sonsoles, como tantas otras veces cuando se distraía con su pasado; cuando de repente, ocurrió ya no un revés, sino aquel sobresalto mortífero. Entró el hombre con la media en la cabeza ese sábado por la mañana de finales de noviembre, gris y lluvioso. Las tres solas. Exigiendo con un cuchillo que le abrieran la caja fuerte.

Araceli estaba en su despacho. Oyó los gritos de sus dos empleadas y salió. El hombre cogió a Sonsoles y le puso el cuchillo en el cuello. Araceli, a la vez atormentada y tranquila, como siempre, le pidió con serenidad que la dejase, que abriría la caja fuerte y se podría llevar todo, pero que no hiciese daño a nadie. «Tiene suerte, hoy hay bastante dinero en la caja, quince mil, lléveselo todo», le dijo. Luego, aquel hombre se quedó a solas con Araceli tras encerrar a Sonsoles y a Marisa, la otra empleada. Ellas escuchaban y oían ruidos, la voz de Araceli, esta vez mucho más asustada, que decía: «¿Qué quiere, que más quiere?». Después más ruidos, gemidos, algún golpe. Ellas estaban aterradas, muertas de miedo. Cada una impedía a la otra que gritara, temían empeorar lo que pudiera estar ocurriendo, nada alentador. Oyeron un portazo y silencio. Supusieron que él se había ido. Empezaron a llamar a Araceli, daban palmadas en la puerta. Y ahí empezaron a gritar sin gran esperanza. Sabían que el edificio estaba vacío, y que la paraclínica del bajo no abría hasta las doce. Después de esa hora empezaron a hacer ruido, dando taconazos, arrastrando la mesa, levantándola por un lado y dejándola caer sobre el suelo, a ver si podían lograr que resonara en el techo del bajo. Nada. En algunos momentos una se daba por vencida por el pesimismo y dejaba de

esforzarse, y seguía la otra con desesperación. A veces alternaban sus sentimientos. Otras compartían el miedo, la angustia y la exasperación. El tiempo pasaba, y no iba a abrirles nadie.

A primera hora de la tarde llegó el marido de Araceli. Después la Policía. Ellas dieron señales de que estaban allí y pudieron salir.

Y aunque ella y Marisa se empeñaban en explicar a la Policía que el hombre llegó con un cuchillo, a Araceli la habían estrangulado con el cable de su ordenador. Sería que el asesino no quería dejar tras de sí un rastro de sangre.

CAPITULO II

El inspector había pasado el fin de semana en Madrid con su familia. Ya le habían avisado del crimen de la dueña de la asesoría, Araceli Frutos. Estaba algo más relajado que un tiempo atrás; después de su investigación de la red clandestina de prostitución, se tomó un mes de descanso sin sueldo, aconsejado por Sara, su esposa. Había quedado muy afectado. Siempre había tenido en cuenta los derechos de las mujeres; pero aquella trama de trata, con niñas incluidas, le había cogido en un momento débil. Tampoco es lo mismo conocer las cosas en documentos, o en declaraciones indirectas, que verlo al natural detrás de la aparente normalidad en la que todo transcurre. Pensaba en su hija Julia, y en cómo determina la suerte de vida que puedas tener dependiendo de dónde naces. Aunque ya había pasado más de un año, de vez en cuando recordaba a aquellas muchachas que fueron niñas: eran como todas, pero estaban en una situación en la que habían pasado a formar parte del comercio de hombres depravados, y habían crecido a golpes de crueldad, sin que nada ni nadie pusiera freno.

Intentó apartar todo eso de su cabeza. Solo esperaba que la nueva investigación criminal que iba a llevar a cabo fuese más sencilla. En apariencia lo era. «Una mujer de unos cuarenta años muere accidentalmente en un robo». Parecía sencillo, o que no iba a haber toda esa serie de complicaciones que transcurren ajenas a lo que percibimos en nuestra cotidianidad.

Sus colaboradores directos ya tenían las primeras informaciones encima de la mesa. Había dos testigos: dos mujeres que estaban con la

jefa esa mañana de sábado. Estaban trabajando. En la asesoría había tres empleados más que libraban ese día.

La víctima era economista, y había heredado la asesoría de su familia. Estaba casada con un empresario y tenía un hijo adolescente. Además, tenía una hermana que trabajaba en Coruña, en un estudio de aparejadores; y vivía con su pareja, pero no tenía hijos. Estaba volviendo de Lieja, a donde había ido de viaje de trabajo con Néstor, su novio.

Esa mañana, el inspector tenía pendiente entrevistar a las dos mujeres que estaban con la víctima.

Se reunió con su equipo más cercano: Emilio Gómez y Pablo López. Los agentes le pusieron al día.

—Es una asesoría familiar que era de su padre, que falleció hace cinco años. Su madre ya había muerto antes, y su hermana estaba trabajando y viviendo en Coruña. Robaron unos 15.000 euros, según le oyeron decir a la víctima las dos empleadas que estaban con ella, y lo confirmó otra empleada —dijo Pablo.

—Según las trabajadoras, podían tener dinero en la caja fuerte, pero no era lo usual. Por lo que eligieron un buen día, o incluso alguien pudo decirle que había dinero. Y tuvo que ser alguien de dentro —dijo Gómez, apresurándose a sacar conclusiones.

—Sí, Emilio; pero eso ya es mucho correr. Es cierto que es fácil que sea así, pero también puede ser usual que tengan esas cantidades y que haya ido sin saber cuánto había.

—Se lo digo yo. Que había un chivato —insistió Gómez.

—Siempre tiene prisa, inspector. Es una manera de atajar —dijo Pablo en tono pasivo-agresivo.

Antes de que Zalo indicara que pasara Sonsoles, les dio unas instrucciones a sus hombres para que se acercaran al edificio donde habían ocurrido los hechos.

Sonsoles vestía de una manera formal, «demasiado formal», pensó el inspector. Un traje de chaqueta que parecía de hacía muchos

años y poco juvenil para su edad. Incluso podría parecer una monja seglar.

—En la oficina estábamos Marisa y yo. Araceli, la jefa, estaba en su despacho. A eso de las diez y media llegó un hombre alto, fuerte, con una media en la cabeza. Tenía un cuchillo. Nos asustamos mucho y chillamos; a mí llegó a ponerme el cuchillo en el cuello. Araceli salió de su despacho. Y él insistía en que le abriésemos la caja fuerte. Araceli dijo que se la abriría y que se llevase todo lo que quisiera, pero que nos dejase tranquilas, que no nos hiciera daño. Entonces él nos encerró en otro despacho y se quedó con Araceli. Y pasaban las horas, oímos unos ruidos, y no sonaban a nada bueno —Sonsoles se puso a llorar y entró en trance, como si lo estuviera reviviendo—. Dios mío, yo no sé lo que pensé... abrazaba a Marisa. Y ella a mí. Unas veces nos calmábamos la una a la otra. Otras, se contagiaba nuestro nerviosismo. Después oímos que se cerraba la puerta. Llamamos a Araceli y no contestaba. Supusimos lo peor, pero en el fondo preferimos creer que tal vez solo la hubiese dejado aturdida o amordazada. Sabíamos que el edificio estaba vacío, y que a las doce abrían los del bajo; solo nos quedaba intentar hacer ruido para ver si nos escuchaban. Pero claro, habíamos tenido que insonorizar la oficina, porque en ocasiones molestábamos cuando estaban con los grupos de meditación o yoga. Pasaba el tiempo, era desesperante. Y después de muchas horas llegó su marido, nos oyó y nos abrieron, y ya vimos lo que había ocurrido.

—¿Siempre había dinero en la caja, o ese era un día en particular en que lo tenían?

—Era variable. Siempre había algo; pero yo nunca supe que hubiese una cantidad como esa. No me planteaba cuánto habría, pero suponía que a lo sumo dos mil o tres mil; y documentos.

—Él solo se llevó dinero, ¿no?

—Eso suponemos. La Policía dijo que no estaba revuelta la caja, y que quedaban documentos. Pero a ciencia cierta, la única que sabía lo que allí había era ella. Todo lo demás era accesible; pero la caja, no. Solo sabían la clave ella y una de las empleadas, que ese día no estaba. Su brazo derecho, se podría decir que la subdirectora. Araceli nunca se iba de vacaciones, si no estaba Clara. Pero era tan reservada, que creo que si Clara lo sabía era por si un día ella faltaba y hacía falta, más que porque tuviera una fe ciega en ella. No por ella, es que parecía que por completo no se fiaba de nadie. Pero era buena persona.

—Y aunque no todos supierais lo que había en la caja, ¿alguien más podía saber que contenía esa cantidad de dinero?

—No lo sé. Yo suelo ir a lo mío, y nunca me pareció que nadie considerase que eso era de mi incumbencia. Hay gente más antigua que yo, tal vez sepan más.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la asesoría?

—Un año. Fue una suerte para mí. Una oportunidad que te da la vida cuando ya creías todo perdido.

—No me diga. ¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—Cosas que pasan. El amor puede ser la perdición de muchas mujeres. Pero no le voy a contar mis penas... Hice muchas tonterías, y todo el mundo me dio la espalda... toda mi familia. Mis padres murieron, y ahí volví a relacionarme con mi hermana, que estaba alejada de ellos y de mí. Me ayudó; gracias a ella y a Salvador me curé. Salvador es mi cuñado. Pero también fue mi terapeuta. Sabe mucho de lo que pasan las mujeres, y me ayudó a salir de esa vida. Y después, mi hermana me ayudó a encontrar este trabajo.

—¿Su hermana era amiga de Araceli?

—Amigas, no; se conocían por amigos en común, y porque mi familia y sus padres también se trataban.

—¿Cuántos trabajan en la asesoría?

—Araceli y seis empleados. Aparte de nosotras dos, que estábamos con ella, y de Clara, hay tres empleados más. En total, tres hombres y tres mujeres. Parece que siempre llevó a rajatabla lo del 50% de trabajadoras femeninas. Creo que esa fue una de las razones por las que entré yo. Había otros candidatos; pero todos eran hombres. Se había ido una mujer y tenía que sustituirla otra. Y además, porque hablo muy bien francés e inglés. Y sé italiano y alemán.

—Caramba. ¿En qué consiste su trabajo?

—Un poco de todo. Yo no tengo estudios superiores; tengo formación profesional y una alta cualificación en idiomas. Hacía un poco de comercial para captar clientes. Algo de secretaria de la jefa, llamando por teléfono y traduciendo y archivando papeles y documentos de empresas. Tal vez sea la menos preparada en economía, pero los idiomas ayudan mucho.

—Y por último... ¿Conoce a alguien que quisiera mal a su jefa?

—No. Cómo la iban a querer mal, si era un ángel.

—¿La notó distinta esta última temporada?

—Quizás un poco más preocupada.

—¿Y sabe por qué?

—No —se calló como si no estuviera bien decir más. Pero luego añadió—: Son elucubraciones mías, pero supongo que la estaban presionando para blanquear un dinero.

—¿Y por qué lo supone?

—Por las cosas que decía. Que a nadie le parece suficiente lo que tiene, y siempre quieren tener más. Que todo el mundo quería hacer trampas. Y un día que estaba en su despacho le oí decir que ella eso no lo podía hacer, y se enfadó mucho. Después me dijo que era un cliente... no me dijo cuál, era muy prudente... que quería que hiciese una operación fraudulenta, que le blanquease quinientos... —y añadió por si no se entendía—: Mil, quinientos mil. Es más, creo que me lo dijo para desahogarse. De hecho, luego se arrepintió. A los dos días me vino a decir

que había sido un malentendido, y que todo estaba arreglado. Pero yo creo que era porque se había arrepentido de lo poco que me había dicho.

—O sea, que usted cree que fue un robo, y que en el mismo la mataron sin que tuvieran nada en contra de ella.

—Sí, eso creo. Pero también pienso que le dieron la lata para blanquear.

Mientras tanto, Gómez y Pablo se dirigieron al edificio donde estaba la asesoría, en la calle Galicia, para intentar hablar con más vecinos. La casa tendría unos cincuenta años; era de cuatro plantas y una vivienda por planta. Llamaron por el interfono a varias, nadie contestaba. En el primer piso ponía el nombre «Asesoría Frutos Asociados». Tampoco ahí contestaba nadie. Consiguieron entrar en el portal. Subieron. El primero estaba cerrado con la cinta de precinto. El resto de los pisos parecían vacíos. Cuando bajaban estaban abriendo el establecimiento de la planta baja. Una persiana hermética y opaca no dejaba ver bien de qué tipo de establecimiento era el que se denominaba «*Vida Plena. Salud y belleza*». Se trataba de una especie de negocio de parafarmacia, herboristería, comida saludable... Entraron junto a la empleada que abrió; era una mujer muy delgada, imbuida con una rutina de apertura y de orden para empezar su jornada. Al poco rato entró una mujer con una coleta ancha que llevaba sujetada con una cinta. Hablaban entre ellas, escandalizadas. Una le contaba a la otra lo ocurrido, que parecía no interesar a su compañera, como si ya lo supiera y lo escuchara como una versión más.

Los agentes husmeaban los productos: complementos alimentarios, nutritivos, etcétera. Anunciaban clases de relajación guiada, yoga, respiración, técnicas para embarazadas y para parejas que esperan un hijo. También hacían limpiezas de piel, tratamientos láser, productos de cosmética, masajes... Se acercaron a ellas. La empleada les contestó